

**EL OBRERO EN LA MIRA.
UNA APROXIMACION A LA CUESTION DE LA IDENTIDAD
DE LOS
TRABAJADORES EN LA ARGENTINA DEL NOVECIENTOS A
PARTIR DE UN ESTUDIO DE CASO.**

AGUSTINA PRIETO *

Hacia el Centenario, Rosario reflejaba las improntas de un vertiginoso proceso de expansión urbana. Unos pocos datos bastan para ilustrar las dimensiones de este proceso, fruto de las profundas transformaciones económicas y sociales promovidas por la expansión capitalista de la segunda mitad del siglo XIX. Al despuntar el 1800, era una aldea sobre la barranca del río Paraná habitada por no más de cuatro centenares de personas. Cincuenta años más tarde, se estimaba que esta "villa de campaña" tenía unos 3.000 habitantes. Hacia 1914, era la segunda ciudad de la Argentina, con un moderno puerto por el que se exportaba a Europa una parte sustantiva de la producción cerealera de la pampa húmeda, siete líneas ferroviarias que la conectaban con una vasta región y una población que orillaba los 225.000 habitantes (1).

La emergencia de una sociedad con un alto grado de indiferenciación social y fuertemente escindida fue la impronta dejada por el vertiginoso crecimiento demográfico. Las críticas condiciones de la vida material del grueso de sus habitantes, la perdurable marca dejada por la acelerada y desordenada expansión urbana.

Socialmente era una ciudad heterogénea y cosmopolita (en 1910, más del 40% de sus habitantes eran extranjeros) en la que convivían una pujante y advenediza élite social y política, de raíces comerciales, y la extensa masa de los que pueden denominarse los "sectores populares" (2).

En el plano de lo social, hasta 1890, es difícil establecer otra distinción que la de élite/sectores populares. Hacia los inicios de la década del noventa, en efecto, sólo la élite parecía tener un perfil social de rasgos definidos. La vasta y abigarrada masa de artesanos, trabajadores portuarios y ferroviarios, obreros fabriles, empleados públicos, dependientes de comercio, vendedores ambulantes, pequeños comerciantes, trabajadoras domiciliarias, gente sin ocupación fija, etc., se caracterizaba por su alto grado de heterogeneidad social y cultural. Hacia el novecientos, ya es posible, entre estos sectores populares permeados por un alto grado de movilidad social y cruzados

*Universidad Nacional de Rosario

estos sectores populares permeados por un alto grado de movilidad social y cruzados por tradiciones culturales muy diversas, establecer algún recorte, fundamentalmente en torno a los trabajadores que vivían en los barrios obrero-industriales de la ciudad. A estos trabajadores los caracterizaba una peculiar identidad que, hasta los años del Centenario, fue predominantemente obrera y contestaria.

El objeto de este trabajo es el de hacer una aproximación a la cuestión de la identidad de los trabajadores urbanos argentinos, a partir de un estudio de caso, el de los barrios obreros de Rosario en la primera década de este siglo.

El tratamiento de esta cuestión impone algunas precisiones teórico-metodológicas. Una identidad social, como subraya L.A. Romero, “no supone un sujeto acabadamente definido sino una cristalización provisoria dentro de una zona de la sociedad, que da el tono, la línea principal de una situación” (3). La identidad de los sectores populares, entendidos no como un sujeto histórico sino como un espacio social donde se conforman sujetos, se constituye a partir de dos grandes vías. Una de ellas es la de la experiencia, esto es, la forma en que el sujeto social vive su condición, determinada objetivamente, pero vivenciada y percibida a través de una *forma mentis* moldeada en el plano de la cultura, a la que la experiencia realimenta y modifica. La otra vía es la que incluye las diversas formas por las que, desde otros espacios de la sociedad, se influye sobre ese sujeto, su cultura y su *forma mentis* (4).

Dar cuenta de este proceso supone enfrentar algunas dificultades de orden metodológico, fundamentalmente en lo que hace a la cuestión de las fuentes. Como ha sido ya señalado numerosas veces, reconstruir la historia de hombres y mujeres que no dejaron testimonios escritos, es una empresa no exenta de dificultades. Si es factible recuperar ciertas instancias de la vida de los sectores populares a través de lo que otros escribieron sobre ellos -no obstante el distanciamiento y los prejuicios que estos testimonios puedan contener- no es menos cierto que hay otras instancias, como la de las “experiencias” en torno a las situaciones reales, que son más difíciles de reconstruir. En función de estas limitaciones, la cuestión de la identidad de los trabajadores de los barrios obreros de Rosario, será abordada, fundamentalmente, a partir de testimonios que dejaron quienes los observaron, los estudiaron y actuaron sobre ellos. Se trabajará, concretamente, a partir de las relaciones que estos barrios mantuvieron con el anarquismo, el higienismo social, la Iglesia Católica y ciertas agrupaciones evangelistas. Pero se trabajará también, en un intento por acercarse al modo en el que estos trabajadores “vivían” las condiciones de su existencia, sobre aquellos aspectos que definieron en el plano de las situaciones reales y sobre las formas en las que respondieron a los impulsos provenientes de otros lugares de la sociedad.

Los barrios obreros en el Rosario del novecientos

Rosario era una ciudad portuaria con un definido perfil comercial. La exigua significación de sus funciones burocráticas, acotadas a la administración municipal, contribuía a acentuar ese carácter mercantil. Hasta los inicios del siglo,

élite y sectores populares compartieron, no sin tensiones, un mismo espacio (5). En este sentido, era una ciudad sin espacios de clase definidos, con la excepción de los “barrios del norte”.

Los “barrios del norte” acusaron, desde los orígenes, ciertas peculiaridades en relación a la ciudad de la que formaban parte. Mientras la ciudad se expandía desde el centro hacia la periferia, estos barrios emergieron en los “suburbios del norte”, una zona alejada y separada del casco urbano por un ancho cordón de vías férreas. Los suburbios o barrios “del norte”, como se los llamaba en los ochenta, tenían límites precisos: el ferrocarril, el arroyo Ludueña y el río Paraná.

El tendido de las vías del Ferrocarril Central Argentino y poco más adelante, del Buenos Aires-Rosario, definió una de las características principales de estos barrios: su aislamiento de la ciudad propiamente dicha, esto es, del casco céntrico y su periferia cercana. Hasta la apertura del paso bajo nivel Celedonio Escalada, en 1902, cruzar estas vías (catorce) era sumamente peligroso y solía llevar entre media y dos horas de tiempo. Hasta ese momento, el precario “Paso de las Cadenas” apenas si ofrecía algo de seguridad a los transeúntes (6). La apertura del paso C. Escalada posibilitó un tránsito fluido y seguro entre la ciudad y los barrios “del norte”, pero no fue suficiente para saldar los graves problemas de comunicación existentes (7).

El deficiente servicio prestado por la única línea de tranvías que acercaba a la zona contribuyó también a su aislamiento. Lento, irregular, con notorias dificultades para salvar el obstáculo de las vías y con un boleto costoso para el grueso de los trabajadores, el tranvía poco hizo para que la ciudad y los suburbios del norte estuvieran mejor comunicados. Esta situación mejoró sensiblemente en 1908, con la electrificación y ampliación de la línea de tranvías que, camino a Pueblo Alberdi, bordeaba estos barrios (8).

La proximidad del río y del ferrocarril fueron los factores que decidieron a un significativo número de empresarios a elegir la zona para el desarrollo de ciertas actividades productivas ligadas a la agroexportación. Unos pocos años bastaron para que los “suburbios del norte” se cubrieran de fábricas, talleres, barracas de “frutos del país” y embarcaderos que atrajeron a una nutrida masa de trabajadores. Surgieron así toda una serie de “barrios”, como se los llamaba, aunque no fueran muchos de ellos más que un conjunto de ranchos, un almacén y, ocasionalmente, alguna casa de ladrillo. Estos barrios recibieron el nombre del establecimiento que les había dado origen: “Embarcaderos”, “Aguas Corrientes”, “Talleres”, “Graneros”, “Refinería” o “Molinos”, entre otros. En pocos años Refinería y Talleres absorbieron a los demás. A principios de siglo, incluso, solía denominarse Refinería a toda la zona norte.

En el contexto de una ciudad en la que, con la excepción de algunas industrias de mediana dimensión radicadas en el casco urbano, predominaban los pequeños talleres artesanales, los establecimientos productivos de la zona norte daban una nota discordante. Por la tecnología aplicada, el volumen de la mano de obra ocupada, la capacidad productiva y una organización social de la producción más compleja, los Talleres de Construcción y Reparación de Vagones del Ferrocarril Central Argentino,

los molinos harineros, la fábrica de ginebra de Schiffner, las destilerías de Altgelt y de Wildenburg, la Empresa de Aguas Corrientes y, fundamentalmente, la Refinería Argentina del Azúcar, excedían largamente la calificación de talleres artesanales.

Los establecimientos más importantes eran los Talleres del Central Argentino, que ocupaban a una voluminosa masa de trabajadores (1.800 en el año 1906), y la Refinería Argentina del Azúcar, a juicio de Biale Massé la fábrica “...*más grandiosa (de) la república y la más perfecta ...*”(9).

Esta fábrica, propiedad de E. Tornquist, comenzó a funcionar en 1889. Su actividad principal giraba alrededor de la refinación de azúcar tucumano y su acondicionamiento para ser comercializado. Constaba de un edificio principal de tres pisos donde se refinaba y embalaba el azúcar, dos galpones de almacenaje, un laboratorio a cargo de técnicos alemanes y talleres anexos donde se armaban cajones y se reparaba maquinaria. Un embarcadero y un ramal ferroviario que la conectaba con el Central Argentino viabilizaban la rápida salida de la producción (10).

Dentro de la fábrica, cada trabajador desempeñaba una tarea para la que se hallaba adiestrado en mayor o menor grado. En cada una de las áreas había capataces, oficiales, obreros y aprendices. Un importante número de mujeres trabajaba en la elaboración de pancitos de azúcar en un taller al que los hombres tenían vedado el acceso. Entre las mujeres había algunas niñas cuyas edades oscilaban entre los 10 y los 12 años. Esta moderna organización social de la producción “...*con todo el personal adaptado y moviéndose al compás de las máquinas en perfecto orden, todo armonioso y subordinado...*” era, nuevamente a juicio de Biale Massé, un motivo de honra para el país (11).

La jornada laboral se iniciaba a las seis de la mañana y terminaba a las seis de la tarde. La ventilación de los talleres era escasa y el polvillo desprendido durante el proceso de refinación del azúcar ocasionaba afecciones en la piel y en las vías respiratorias de los operarios. En estas condiciones trabajaban varios centenares de hombres y mujeres, mayoritariamente extranjeros -650 en 1896, 1525 en 1914- (12).

Si por su perfil productivo los “suburbios del norte” fueron los barrios “industriales” de Rosario (no faltó quien viera en ellos el germen de la “nueva Chicago o Manchester argentina”) por su perfil social fueron los barrios “obreros” (13).

Una muy alta presencia de extranjeros y una gran movilidad ocupacional y geográfica definían el perfil demográfico de estos barrios, que hacia 1914 estaban habitados por unas 20.000 personas. La población de origen extranjero era verdaderamente numerosa en el barrio de los Talleres y en el de la Refinería. Allí se registraban los porcentuales de población extranjera más elevados de una ciudad que tenía, a su vez, uno de los índices de extranjería más elevados de América Latina. De acuerdo a los censos municipales de los años 1900 y 1906, aproximadamente el 45% de los habitantes de estas populosas barriadas había nacido fuera del país (14).

La movilidad ocupacional y geográfica de los trabajadores de los establecimientos de estos barrios era particularmente elevada. Durante la temporada

emplearse en las faenas agrícolas. En estos meses, era frecuente que un 40%, aproximadamente, de los habitantes de Refinería y Talleres migrara al campo. Por lo demás, al ser en su mayor parte industrias transformadoras de materias primas o barracas de granos, estos establecimientos tenían ciclos productivos muy marcados que dependían de los tiempos impuestos por la producción agrícola. Por uno o por otro motivo, la empresa de Tornquist solía cerrar sus puertas uno o dos meses al año (15). La marcada estacionalidad productiva determinó que, en general, estas industrias contaran con un plantel de trabajadores permanentes y que contrataran mano de obra temporaria en los meses de mayor actividad.

El cosmopolitismo y la movilidad ocupacional y geográfica fueron elementos que operaron, sin duda, en favor de la fragmentación de los trabajadores que vivían en estos barrios. Índice de ello, es la frecuencia con la que las disputas, más o menos violentas, por cuestiones étnicas o laborales -o ambas a la vez- son consignadas en las notas de policía incluidas en la prensa periódica. De acuerdo a estos testimonios eran muy comunes las peleas -a veces con resultados fatales- entre los trabajadores, por cuestiones vinculadas a la competencia laboral o a los celos entre las distintas colectividades nacionales. La presencia en Refinería y Talleres de conventillos que alojaban a gente de una misma nacionalidad podría interpretarse como un síntoma de esas tensiones.

Estos elementos tuvieron su contrapeso en ciertas situaciones que operaron en el sentido contrario, esto es, en el sentido de homogeneizar, de polarizar a los habitantes de estos barrios, como el aislamiento urbano o las experiencias compartidas en torno al trabajo y a la vida cotidiana en general.

La precariedad de las condiciones materiales de vida de los sectores populares rosarinos fue una de las notas distintivas del período que aquí se analiza. Los "higienistas" rosarinos no dejaban de remarcar, horrorizados, que los índices de morbilidad y mortalidad generales de la población de la ciudad estaban entre los más altos del mundo (16). Era en este terreno donde las improntas del vertiginoso proceso de expansión urbana y demográfica se mostraban con más fuerza. Si en "la ciudad" las tipologías más extendidas de la vivienda popular fueron el conventillo, la casilla, el cuarto de pensión y, en menor medida, la casa propia autoconstruida en las afueras, en Talleres y Refinería lo fueron casi exclusivamente el conventillo, el rancho y la casilla (17).

El conventillo fue la vivienda de una parte sustantiva de los habitantes de estos barrios, fundamentalmente de los trabajadores permanentes de las fábricas y del ferrocarril. En relación a los conventillos del centro, los de Refinería y Talleres presentaban algunas peculiaridades. Varios de ellos, los más grandes, habían sido construidos por los dueños de los establecimientos productivos para atraer y fijar a la fuerza de trabajo, tal el caso de la Refinería Argentina del Azúcar, de la fábrica de Schiffner, de la barraca de José Arijón o de los Talleres del Central Argentino. Comparativamente eran los más grandes de la ciudad, con un promedio de piezas por conventillo que en 1895 ascendía a 15.5, mientras que el de la ciudad en su conjunto

era de 8,7. Los índices de hacinamiento también eran los más altos de la ciudad: el índice de hacinamiento de los conventillos de Rosario era, a mediados de la década del noventa, de 2,80 personas por pieza, mientras que en estos barrios llegaba a 3.82 (18). En estas piezas de alquiler las condiciones de habitabilidad eran ciertamente deficientes. Según el Censo de Conventillos, levantado por la Municipalidad en 1895, en el inquilinato de José Arijón (“Los cuartos de Arijón”) fuerte empresario de la zona, vivían 369 personas distribuidas en 95 cuartos. Las instalaciones sanitarias se limitaban a 4 letrinas y un surtidor de agua. En el otro extremo, el que reunía las “mejores” condiciones de habitabilidad era el de la Refinería Argentina del Azúcar. Contaba con 44 piezas que albergaban a 155 personas, 6 letrinas, 4 resumideros y 3 surtidores de agua (19).

Los conventillos de la Refinería Argentina del Azúcar y del Ferrocarril Central Argentino no albergaban a la “élite obrera”, para la que ambas empresas hicieron construir un cierto número de casas, ni al personal temporario, que solía alojarse en los ranchos y las casillas de las inmediaciones. Entre los habitantes de estos conventillos, en consecuencia, había una cierta afinidad laboral y social: eran los trabajadores que estaban jerárquicamente por debajo de la “élite obrera” y por encima de la lábil masa de los trabajadores temporarios.

La otra tipología habitacional predominante entre los habitantes de los barrios obreros fue la casilla de madera y lata y, en menor medida, el rancho de barro y paja. En estas viviendas extremadamente precarias se alojaban fundamentalmente los trabajadores temporarios de fábricas y barracas, aunque solían ser también la morada de “orilleros” y “cuchilleros”. En las inmediaciones de la fábrica de Tornquist, la emergencia de estas viviendas construidas con materiales de desecho de las industrias vecinas era de tal magnitud, que, al iniciarse el siglo, el sector empezó a ser conocido como el “Barrio de las Latas”.

Una escuela fiscal con capacidad para la quinta parte de los niños de la zona y una comisaría fueron, en la primera década del siglo, las únicas instituciones públicas de estos barrios. Recién en 1913 la Municipalidad instaló en Refinería una enfermería, no obstante las críticas condiciones sanitarias de la zona. Si bien algunos edificios contaban con agua corriente por la cercanía de la Empresa de Aguas Corrientes, la mayor parte de los conventillos no estaban conectados a este servicio, y los pocos que lo estaban, no tenían duchas y surtidores en número proporcional a la cantidad de inquilinos. La red cloacal urbana no incluía a los barrios obreros. Refinería y Talleres quedaron, en tal sentido, fuera de las políticas de saneamiento de las habitaciones populares puestas en práctica por la administración municipal durante la década del noventa (20). También quedaron fuera del perímetro dentro del cual la Municipalidad prohibió los funcionamientos considerados perjudiciales para la salud pública, como las fábricas y depósitos de explosivos, de embutidos y los hornos de ladrillos (21). El aislamiento impuesto por las vías limitaba fuertemente las posibilidades de los habitantes de estos barrios de trasladarse a la ciudad. Dentro de las fronteras barriales, las formas de esparcimiento eran bien distintas a las que ofrecía “la ciudad”.

En Refinería y Talleres no había teatros, plazas, paseos públicos. Ni siquiera había una Iglesia. Las horas que quedaban entre el trabajo y el descanso se pasaban de diferente manera que en la ciudad. Allí, el teatro, el circo criollo, los paseos públicos, los bailes organizados por las sociedades mutuales o étnicas, el corso en ocasión del carnaval, eran algunas de las formas en las que los sectores populares pasaban su tiempo libre. En los barrios obreros, en cambio, el reunirse a jugar a los naipes, a beber o a leer en los cuartos de casillas y conventillos o en alguno de los numerosos boliches de la zona, las riñas de gallos o alguna carrera de caballos parecen haber sido, junto a la participación en las actividades recreativas organizadas por los círculos anarquistas, las formas predominantes del uso del tiempo libre hasta los años del Centenario (22).

Refinería y Talleres eran, como se ve, barrios con una peculiar fisonomía. Eran barrios habitados por “obreros”, según se los definía en la época. Es significativo que en esos años, para referirse a los sectores populares que vivían en el centro y sus alrededores, se utilizaran expresiones como “clase popular”, “elemento popular”, “pueblo trabajador”, “clases menesterosas”, “pueblo” a secas, mientras que para referirse a quienes vivían en Refinería y Talleres se emplearan conceptos como “masas obreras”, “obreros”, “clases obreras” o “clases trabajadoras”. Los “obreros” eran por lo tanto, un estrato delimitado dentro de la indiferenciada masa de los sectores populares. Trabajaban bajo condiciones diferentes a las del grueso de los trabajadores, pero, además, se comportaban de manera distinta. Se comportaban como una “clase”. Esto los hizo objeto de miradas curiosas, expectantes o temerosas, que muchas veces, se tradujeron en acciones concretas.

Redimir al oprimido

Temporalmente, los primeros en acercarse a los barrios obreros fueron los anarquistas. La prédica anarquista tuvo una muy significativa aceptación entre los sectores populares de la Argentina del novecientos, particularmente entre aquellos que vivían en Rosario, sede de la que constituyó sin duda, una de las experiencias libertarias más importantes del continente. En un reciente trabajo, Alejandra Monserrat pone de manifiesto el carácter hegemónico del anarquismo dentro del movimiento obrero rosarino en el período comprendido entre los años 1888-1890 y 1908-1910 (23). A lo largo de esa veintena de años, este movimiento atravesó por fases sucesivas de expansión y de repliegue. La primera de ellas, la de los orígenes, se extiende entre 1888 y 1893 y se caracterizó por una estrecha vinculación entre tareas de propaganda y actividad sindical y por la emergencia de toda una serie de conflictos parciales y localizados en algunos gremios. Esta primera etapa expansiva fue seguida por otra de repliegue, que abarcó el trienio 1893-1895 y que estuvo connotada por la represión hacia el movimiento obrero y por el predominio de la corriente “anti-organizadora”. Al repliegue sobrevino una nueva fase expansiva, que se inició hacia 1895-1896, esta vez con los “organizadores” como corriente mayoritaria en el seno del

movimiento. Fueron los años de apogeo, cuando Rosario era la *"meca del anarquismo argentino"* (24). El ocaso se inició hacia 1908, cuando los anarquistas rosarinos iniciaron una etapa de retroceso de la que no se volverían a recuperar. Este ocaso, sin embargo, no se tradujo en un inmediato abandono de la escena. Durante un buen número de años, la historia del movimiento obrero rosarino seguiría fuertemente marcada por las profundas huellas dejadas por el anarquismo, en adelante dominado por una corriente que podría caracterizarse como "neo-individualista" (25).

La praxis anarquista se estructuró en Rosario alrededor de dos ejes espaciales: el casco céntrico y los barrios obreros. La acción en pos de "redimir al oprimido" se verificó en dos terrenos, el de los sindicatos y el de los "círculos anarquistas". La información sobre este tema es muy fragmentaria y esto tiene que ver con las propias características de la práctica anarquista. Los círculos se caracterizaron, como puntualiza E. Golluscio, por la ausencia de marcos internos permanentes, la autofinanciación, el rechazo de estructuras de representatividad la autonomía en la acción, la descentralización espacial y la no obligación de continuidad en el tiempo, así como por la libre asociación y el federalismo (26). Este modus operandi, sumado a la represión de la que fue objeto el anarquismo -que incluyó la clausura de imprentas, con las consecuentes interrupciones en la edición de la prensa periódica- tuvo su correlato en el legado de un corpus informativo que presenta importantes lagunas. La reconstrucción de la empresa anarquista en los barrios obreros rosarinos no escapa a este fenómeno y parte, por lo tanto, de testimonios dispersos y fragmentarios.

En base a ellos, es posible advertir un temprano interés por Refinería y Talleres. En 1890, para conmemorar el 1° de Mayo, se programó un acto que consistiría en una marcha de unas 60 cuadras que, partiendo del centro llegaría hasta un local situado en Refinería, donde se pronunciarían discursos alusivos en varios idiomas. Una lluvia torrencial impidió que la marcha llegara a destino, pero su sola programación es un índice del valor que entre las primeras organizaciones obreras se daba a estos barrios (27).

En el terreno gremial, hasta los años del Centenario, la presencia del anarquismo fue dominante. Ausentes los socialistas del espectro de las organizaciones gremiales barriales, sólo los Círculos de Obreros, vinculados al catolicismo, pudieron disputarle algo de su espacio al anarquismo, fundamentalmente entre los estibadores (28). Las "sociedades de resistencia", base de la acción gremial del anarquismo, emergieron no sólo entre los trabajadores sino también entre las trabajadoras. La "Unión General Obreras de Resistencia del Rosario", por ejemplo, creada en septiembre de 1905, estaba integrada por las mujeres que trabajaban en la Refinería Argentina del Azúcar (29).

El anarquismo operó en estos barrios no solamente en el terreno laboral sino también en el campo de la educación. Las escuelas libertarias abiertas en Talleres y Refinería fueron varias. La información sobre las mismas es particularmente escasa, aunque permite advertir el entusiasmo con el que los vecinos acompañaron la apertura de estos establecimientos y la efímera vida que tuvieron. Tal la suerte seguida, por

ejemplo, por el "Colegio Libertario" inaugurado en 1901 (30). Estas experiencias se inscriben dentro de la vasta empresa educativa del anarquismo argentino, cuyas modalidades y alcances han sido analizados en profundidad por Dora Barrancos (31).

Los "círculos" parecen haber ocupado un papel muy significativo en la acción desplegada por el anarquismo en los barrios obreros. De vida no menos efímera que la de las escuelas libertarias, agrupaciones como "La sublime Idea", "Libertario" o "La venganza será terrible" fueron, en base a la documentación reunida, las únicas expresiones de vida asociativa en estos barrios en los que no se crearon, como en el resto de la ciudad, sociedades recreativas o étnicas (32). Las actividades de los "círculos" en Refinería y Talleres incluían conferencias, "veladas sociales" y representaciones artísticas.

La creación de numerosas sociedades de resistencia, escuelas y círculos libertarios es un índice de la gran receptividad que tuvo la prédica anarquista entre los habitantes de Refinería y Talleres, pero donde este fenómeno se refleja más claramente es en el ciclo de huelgas que se inició en 1896 y se extendió hasta 1907. En la medida en que estas huelgas alteraron la vida ciudadana -y aún la nacional- fueron ampliamente cubiertas por la prensa periódica y la prensa obrera, lo que permite una mejor apreciación de la difusión del anarquismo en estos barrios.

En agosto del año 1896 tuvo lugar en Rosario la que, probablemente fue la primera huelga regional de la Argentina. El conflicto se originó a partir del cese de actividades declarado por los trabajadores ferroviarios de Tolosa (pcia. de Bs. As.), en demanda de la jornada de ocho horas y de mejoras salariales. Importantes gremios de Rosario se solidarizaron con los ferroviarios de Tolosa y se declararon en huelga. Entre ellos estaban aquellos que nucleaban a los trabajadores de las barracas, a los portuarios, a los de la Empresa de Aguas Corrientes, a los de la Usina Eléctrica de Sorrento (muy próxima a los barrios obreros) y a los de la Refinería Argentina del Azúcar, esto es, a los que vivían en Refinería y Talleres. La adhesión de gremios vinculados al transporte, como los de conductores y guardas tranviarios, hicieron que la ciudad se viera prácticamente paralizada por 48 horas. La contratación de rompeshuelgas y la intransigencia patronal lograron que la huelga cesara sin que los huelguistas obtuvieran lo que se proponían. En este sentido, la primera huelga regional fracasó en sus objetivos. Pero en otro sentido, fue una contundente demostración de fuerza del anarquismo y sus "sociedades de resistencia", a la que serían particularmente sensibles los propietarios de los establecimientos productivos de Refinería y Talleres. Para ellos, el conflicto reflejó hasta qué punto esa nutrida masa de hombres y mujeres que difícilmente podían comunicarse entre sí, habida cuenta de la diversidad de lenguas que hablaban, podían aglutinarse en torno a objetivos compartidos. Si algo distinguió a la huelga en los barrios obreros, fue que en ellos la paralización de actividades fue casi total. Fue una huelga "barrial" y ésta sería, en adelante, una de las características que connotarían a los conflictos sociales de la zona (33).

La huelga "barrial" de 1896 fue el antecedente de las que, entre 1901 y 1907, tendrían lugar en Refinería y Talleres. De ellas, la más significativa, es la que

iniciaron los trabajadores de la Refinería Argentina del Azúcar en octubre de 1901, en demanda de mejoras salariales, de modificaciones en el pago de las horas “extras” y de la reducción de la jornada laboral. La medida surgió de una asamblea de la que participaron un millar de personas, incluyendo a unas cien mujeres y a otros tantos niños. La activa presencia de mujeres y niños sería, en adelante, una de las características que connotarían a los conflictos barriales. Otra de las características sería la violenta represión desatada contra los huelguistas. La represión y la muerte fueron, en efecto, las notas sobresalientes de este conflicto que, en principio parecía que se resolvería por la vía de la negociación entre la empresa y los trabajadores. La muerte por la espalda de uno de los trabajadores en un confuso encuentro con la policía, anuló la posibilidad de la negociación y el conflicto giró a partir de ese momento, en torno a esta muerte. Los funerales del obrero de la Refinería Argentina convulsionaron a la ciudad. Pese a la prohibición policial de realizar un funeral público, el mismo se convirtió en un acto que, aunque reprimido a tiros, contó con la presencia de figuras como Adrián Patroni, Virginia Bolten, Enrique Dickmann o Florencio Sánchez (34).

A partir de la huelga de octubre de 1901, las autoridades políticas comunales emprendieron estrategias de “represión preventiva” en estos barrios. En estas acciones de prevención, no sólo participaba la policía provincial sino también reservistas de la Marina Nacional. Esta táctica se inició con la huelga de los estibadores de diciembre de 1901 y enero de 1902. Policías y reservistas pusieron en práctica acciones preventivas que consistían en rodear la zona y reprimir las asambleas en las que los trabajadores debatían acerca de las características y alcances de los conflictos. Esta práctica se mantuvo hasta bien avanzada la segunda década del siglo (35).

En 1902, 1904 y 1905, Refinería y Talleres fueron escenario de conflictos connotados por la solidaridad de los trabajadores de los establecimientos barriales hacia aquellos que se hallaban en huelga, la participación de mujeres y niños, la fuerte presencia del anarquismo y la violencia represiva (36). Este ciclo de conflictos “barriales” se cerró con la “huelga de los inquilinos” de 1907. Esta peculiar huelga se propuso el no pago de los alquileres hasta tanto no fueran reducidos en un 30%, entre otras reivindicaciones vinculadas a las condiciones habitacionales de los conventillos. En Buenos Aires, por las dimensiones que alcanzó, fue uno de los conflictos sociales más importantes de la primera década del siglo (37). En Rosario, la “huelga de los inquilinos” de conventillos tuvo una repercusión más limitada en términos globales. En Refinería y Talleres, sin embargo, el grado de acatamiento fue muy elevado y en esto tuvieron mucho que ver las mujeres y el alto grado de convocatoria que todavía mantenía el anarquismo. Las mujeres, en efecto, tuvieron a su cargo la difusión de la medida y la recolección de fondos para atender a las necesidades de los eventuales desalojados. Los anarquistas, por su parte, lograron la adhesión de quienes vivían en estos barrios a partir de una convocatoria que significativamente, se redactó en términos diferentes a los empleados para dirigirse a los inquilinos de los conventillos del centro. Si en el caso del centro, la convocatoria se dirigió a los “inquilinos”, en el de Refinería y Talleres se dirigió a los “trabajadores”

(38). El manifiesto destinado a los habitantes de los conventillos de estos barrios finalizaba con la siguiente nota a pie de página: “*Todo trabajador que no concurra a este llamado en defensa de su propio bienestar, será traidor a su propia entidad*”

(39). Era una apelación a la “clase” y estaba dirigida a quienes, en el contexto ciudadano, se comportaban como “clase”.

Los barrios obreros de Rosario distaban de ser apacibles. Si las peleas por cuestiones laborales y/o étnicas formaban parte de la cotidianeidad barrial, es evidente que ante determinadas situaciones los pedazos de este complejo mosaico social y cultural lograban formar una compacta amalgama. Hasta 1907, el “mundo del trabajo” fue el principal aglutinante y el anarquismo la propuesta con mayor capacidad de penetración. En adelante, los conflictos de Refinería y Talleres perderían su carácter “barrial”, en coincidencia con el debilitamiento de la fuerza del anarquismo. Hacia el Centenario, Refinería y Talleres eran barrios “obrerros” pero ya no contestatarios como en los inicios del siglo. Algunas cosas habían cambiado y sobre ellas tratan las páginas que siguen.

El peligro sanitario.

Si sobre el final de los ochenta se creyó ver en los barrios obrero-industriales el embrión de una futura Chicago argentina, al iniciarse los noventa comenzarían a advertirse los matices oscuros de aquello que aparecía como la encarnación misma del Progreso. Como se escribía en 1890, los barrios del norte eran “*una perla en el fango*” (40). La imagen, destinada a perdurar, reflejaba el contraste entre esa suerte de adelanto del futuro y las precarias condiciones de vida de sus habitantes. Los barrios que encarnaban “*la vanguardia del progreso*” eran, paradójicamente, los más “*sucios*” y “*antihigiénicos*” (41). Se trataba de un espacio definido sanitariamente como “*peligroso*” y esto colocó a Refinería y Talleres en la mira de los higienistas (42).

En la medida en que la Higiene Social era percibida como el arma idónea para enfrentar el “peligro epidémico” que suponían las grandes concentraciones humanas en espacios que no contaban con la infraestructura habitacional y sanitaria adecuada y, en un plano más global, como una herramienta capaz de reglamentar la totalidad de la vida urbana, viabilizando de este modo la superación de los conflictos sociales, era natural que los higienistas rosarinos dirigieran su mirada a Refinería y Talleres (43). Sin embargo, su actitud frente a estos barrios fue, en la práctica, contradictoria. Si por un lado, se los dejó fuera de las obras de urbanización e higienización emprendidas por la Municipalidad hacia fines de la década del ochenta, por otro se los hizo objeto, en ocasión de la epidemia de peste bubónica que afectó a la ciudad en enero de 1900, de una de las más espectaculares campañas de saneamiento de la Argentina de principios de siglo.

Pese a la difundida visión que caracterizaba a los barrios obreros como los más “*sucios y antihigiénicos*”, las medias de morbilidad y mortalidad generales eran, hacia el novecientos, levemente inferiores a las del centro, aunque esto se revertirá en la

segunda década del siglo. No parece haber sido éste el factor determinante del “abandono” municipal, sino más bien el intento de sanear, en primera instancia, el espacio ocupado por la ciudad propiamente dicha. Como apunta Diego Armus, si el higienismo europeo revalorizó la vida humana en tanto fuerza de trabajo, en el caso rosarino, la preeminencia del proceso de urbanización sobre el de industrialización, agendó en primer lugar el problema de cómo proporcionar al conjunto de la población un nivel mínimo de vida (44). La municipalidad, de la mano de los higienistas, llegó a los barrios obreros cuando la ciudad había sido mínimamente “saneada” y lo hizo con el doble objetivo de mejorar un espacio patológico y de velar por la reproducción de la fuerza de trabajo. Los medios elegidos fueron la puesta en marcha de obras de infraestructura sanitarias y la instalación de una enfermería en 1913 (45). Muy pocos años antes, la empresa de Tornquist y el Ferrocarril Central Argentino, interesados en resguardar la fuerza de trabajo, habían instalado sendas enfermerías que atendían los accidentes laborales de sus operarios (46). Hacia el Centenario se verifica una cierta atención hacia los problemas de salud de los habitantes de Refinería y Talleres, lo que marca una inflexión respecto a la situación de las dos décadas precedentes. Hasta ese momento, en efecto, los barrios obreros parecieron ser una preocupación sólo en la medida que podían afectar el estado sanitario de la ciudad en su conjunto y la actitud ante el brote de peste bubónica de 1900 es un ejemplo de ello.

Las autoridades sanitarias del municipio dictaminaron, en enero de 1900, que los síntomas que presentaba un grupo de trabajadores de la Barraca Germania, situada en los barrios del norte, eran los de la temible peste bubónica. Rápidamente se montó un impresionante operativo para evitar que se convirtiera en una epidemia de dimensiones incontrolables (47). La ciudad fue aislada mediante un “cordón sanitario” controlado por tropas del Ejército” ni barcos ni trenes podían acercarse a la ciudad, lo que se tradujo en la paralización de la principal actividad económica.

Hacia adentro, la ciudad fue objeto de una campaña de desinfección e higienización que no reconocía antecedentes en la Argentina. Se desinfectaron y aislaron viviendas y personas. Las viviendas fueron en muchos casos quemadas o demolidas.

El blanco de la campaña fueron los barrios obreros: “...*Todo el barrio de la Refinería ... será desalojado y sus habitantes trasladados a parajes limpios en carpas...*” (48). Para ello, se había previsto la instalación de 800 carpas. El resultado fue el desalojo y la destrucción, en muchos casos, de 1074 casillas, ubicadas en estos barrios y, en menor medida, en la ribera del Paraná (49). Sin embargo, a medida que la epidemia comenzó a expandirse, se comprobó que la mayoría de las víctimas vivía en el casco urbano y no en los barrios obreros, lo que no impidió que el grueso de la artillería higienista siguiera apuntando a los mismos.

El desalojo de un millar de casillas sin duda alteró la vida barrial. Era un perjuicio tanto para los desalojados como para los propietarios de los establecimientos productivos en la medida en que la fuerza de trabajo era erradicada hacia sitios lejanos. Con la excepción de algunos focos de resistencia a los desalojos, la actitud

predominante entre los habitantes de estos barrios fue pasiva, según lo denunciaría un periódico anarquista (50). Distinta fue la actitud del diario que expresaba a los grandes comerciantes rosarinos, *La Capital*. Este diario hizo una encendida defensa de los desalojados en los barrios obreros. No es aventurado colegir que esta defensa era la de los propietarios antes que la de los trabajadores desalojados y que se inscribía dentro del frontal ataque a los higienistas que emprendieron los sectores vinculados al comercio de exportación. Más complejo es el caso de los trabajadores que debieron abandonar sus viviendas y que, fundamentalmente, vieron seriamente comprometida su estabilidad laboral. La ausencia de fuentes que permitan aproximarse al modo en que estos trabajadores vivenciaron esta situación, impone entrar en el terreno de la conjetura. En este plano, podemos suponer la superposición de dos cuestiones. Una de ellas, que la defensa de habitaciones pequeñas e insalubres que no les pertenecían y que, en muchos casos, alquilaban por una temporada, podía convocarlos en tanto afectara la permanencia en los puestos de trabajo. La otra cuestión, vinculada a la anterior, es que probablemente hayan intuido que dada la necesidad de mano de obra, las empresas arbitrarían los medios para que los desalojos fueran temporarios y no definitivos, como de hecho sucedió.

Los higienistas y quienes compartían su universo de ideas, tuvieron a los barrios obreros en la mira. Lo que allí vieron se tradujo en declamaciones discursivas -recogidas por la prensa casi cotidianamente- condenatorias del estado sanitario de estos barrios y de sus habitantes. En los hechos, privilegiaron, sin embargo, el saneamiento del casco urbano. Este abandono, que se extendió hasta los inicios de la segunda década del siglo, tuvo un punto de inflexión al declararse la epidemia de peste bubónica. En esa ocasión, demostraron hasta qué punto los atemorizaban las condiciones de la vida material de los habitantes de los barrios obreros. El temor y el prejuicio, incluso, los hizo buscar el foco de irradiación de la peste allí donde teóricamente debía estar. Con esta actitud que osciló entre la condena discursiva, el temor, la postergación y la represión "sanitaria", los higienistas contribuyeron a definir algunos de los rasgos del peculiar perfil de Refinería y Talleres.

Educar y evangelizar: obras de "verdadera argentinidad"

Como sucediera en todo el orbe capitalista, el Estado argentino se propuso como tarea el disciplinamiento de los sectores populares (51). Constituir la identidad del habitante y del ciudadano era una cuestión crucial en una sociedad atravesada por el fenómeno de la inmigración masiva. La herramienta privilegiada por el Estado argentino fue la educación, aunque contó en su empeño con el concurso de la Iglesia Católica y de otras expresiones religiosas, interesadas tanto en el disciplinamiento social como en la evangelización.

Los barrios obreros de Rosario no escaparon a este fenómeno, aunque el proceso revistió algunas peculiaridades. No fue el Estado el principal propulsor de la difusión de la educación como herramienta de disciplinamiento y "argentinización", sino la

Iglesia Católica y la Bautista.

Por más de dos décadas, una escuela fiscal atendió, insuficientemente, los requerimientos educativos de una vasta población infantil. En 1908, se evaluaba que los niños en edad escolar de estos barrios eran aproximadamente 2.000 y que esta única escuela estatal podía admitir a 330 (52). Hasta ese año, los anarquistas, como se vió, intentaron aprovechar ese espacio y abrieron varias escuelas. Eran los años en los que por esos barrios habitados por unos 12.000 hombres “...socialistas unos, anarquistas otros y casi todos contrarios a la religión católica no podía pasar un sacerdote sin esponerse(sic) a peligro de vida...” (53).

La vía elegida para penetrar en Refinería y Talleres por la Iglesia fue la educación. El Obispo de Santa Fe autorizó a los “Hermanos Cristianos”, en 1908, a abrir una escuela en Refinería. El objetivo era el de abrir el camino a una futura empresa evangelizadora. Los “Hermanos Cristianos” no eran sacerdotes y su función se limitaba a la educación, pero, como señalaba un sacerdote católico unos años después “...si los Hnos. de la escuela cristiana no nos hubieran preparado el terreno con la instrucción ...difícilmente habiéramos podido fundar una casa en dicho barrio ...”(54). La propuesta educativa era la de preparar a los niños “en las carreras a que se destinan” y en función de ello, junto a asignaturas como Lectura, Escritura, Lengua Castellana, Historia, Geografía y Aritmética, la currícula incluía Electricidad y Dibujo Industrial(55). No se trataba por lo tanto de desdibujar el carácter “obrero” de estos barrios, sino de eliminar sus aspectos contestatarios.

A partir de 1909, y durante diez años la Iglesia mantuvo la práctica de enviar tres días a la semana y los días de fiesta un sacerdote a Refinería para atender a las necesidades de la población. En un principio esta actividad se realizaba en la capellanía de la Escuela San José (la de los “Hermanos Cristianos”), aunque luego se trasladó a un local propio. Penetrar en los barrios obreros fue un empeño no exento de dificultades que se extendió durante toda la segunda década del siglo. Según sus protagonistas, las causas eran atribuibles al cosmopolitismo: “...al lado de rusos o rumanos cismáticos viven allí ingleses o alemanes protestantes o hijos del país pervertidos por los evangelistas o el Ejército de Salvación...”(56).

La Iglesia Bautista se propuso también penetrar en estos barrios a través de la educación. En 1913 abrió allí un “Colegio Evangelista” que tomaba niños sin hacer distinción de credos y tenía como objetivo primordial el de la “argentinización”. El cosmopolitismo, decía una revista local refiriéndose a esta escuela “...hace que los niños tengan una idea muy equivocada del país en que viven...(por eso) escuelas como la evangelista.... vienen...a realizar obra de verdadera argentinización”(57). La escuela contó con los fondos que aportaron “caballeros rosarinos”, lo que le permitió contar con elementos didácticos tales como un gramáfono para instruir a los niños en la “música patriótica argentina”(58).

Constitución y crisis de una identidad obrera y contestataria

De las páginas precedentes se desprende que, durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, Refinería y Talleres fueron barrios con una fuerte identidad obrera y contestataria. El perfil “obrero”, sobrevivió algunos años al “contestatario”. Hacia el Centenario, en efecto, los barrios obreros fueron cada vez más permeables a propuestas reformistas y menos abiertos a discursos radicalmente cuestionadores del orden social, como el anarquismo. ¿Cómo se constituyó esta identidad? Los sujetos sociales se constituyen en el cruce de la esfera de las situaciones reales con la de sus representaciones. De allí emerge su identidad, provisoria y permanentemente realimentada por la experiencia. *“Cruzados por innumerables diferencias -ocupacionales, culturales, nacionales, sexuales, políticas- los llamados sectores populares se fragmentan hasta astillarse; pero, a la vez, empujados quizá por alguna impactante experiencia común, por la acción de intelectuales o políticos, o quizá por la fuerza de una mirada descalificadora del otro social, se polarizan y hacen compactos”*, apunta Luis Alberto Romero (59). En tal sentido, subraya Ricardo Falcón, una identidad de clase *“no se constituye únicamente como un proceso de tensiones entre tendencias homogeneizantes y centrífugas...se constituye simultáneamente en relación con otras clases y con el Estado”* (60).

El caso de los barrios obreros de Rosario parece adaptarse cómodamente a este marco conceptual. Las peculiaridades de la base material hicieron de ellos un espacio que se destacaba del contexto urbano. Eran barrios industriales y estaban habitados fundamentalmente por “obreros”, lo que los hizo objeto de múltiples miradas. La redención social, el “peligro sanitario”, la represión de conflictos sociales, la “argentinización” o la evangelización, fueron las metas de quienes, atraídos por lo que allí se veía, se internaron en Refinería y Talleres. Estas actitudes reforzaron factores homogeneizantes, como las experiencias comunes en torno al trabajo y a la vida cotidiana y operaron como contrapeso de aquellos factores que inducían a la fragmentación, como las diversidades nacionales y culturales.

El espacio ocupado por el anarquismo en los primeros años del siglo, es plausible de ser explicado a partir de la hipótesis propuesta por Ricardo Falcón para el caso argentino. Este autor encuentra las claves explicativas de la vasta difusión del universo de ideas anarquistas en la Argentina, en su permeabilidad frente a la heterogeneidad étnica, en el énfasis puesto en la lucha por el mejoramiento de las condiciones de la vida material a través de la acción directa y en el rechazo frontal al Estado y al régimen político (61). El alto grado de cosmopolitismo de Refinería y Talleres, las críticas condiciones de la vida material y la actitud de los poderes públicos, oscilante entre la postergación y la represión, validan esta propuesta interpretativa. Asimismo, algunas de las cuestiones planteadas por Eric Hobsbawm para explicar la mayor radicalidad de las pequeñas comunidades fabriles -en contraposición a las grandes concentraciones urbanas- parecen aplicables al caso de los barrios obreros rosarinos (62). En sitios donde las distancias eran cortas y el trabajo,

la vivienda y el esparcimiento estaban estrechamente ligados, organizar y movilizar a los trabajadores era una empresa sensiblemente más sencilla que en el resto de la ciudad, donde la dispersión espacial era elevada, y esto explicaría, en buena medida, la índole "barrial" de los conflictos sociales.

Sobre los finales de la primera década de este siglo, lograron anclar en Refinerías y Talleres grupos portadores de propuestas reformistas. Si bien la empresa no fue sencilla, lo cierto es que poco a poco consiguieron sentar allí sus bases. Este avance del reformismo y el consecuente debilitamiento del perfil contestatario de estos barrios debe ser explicado, en parte, a partir de las transformaciones sociales y políticas del país en su conjunto. Pero también debe ser explicado en función de lo sucedido en el marco de estos barrios. En ellos se verificó una cierta mejoría en las condiciones de la vida material. En los bordes de Refinería y Talleres emergería un nuevo barrio, Arroyito, que se cubriría de casitas construidas por los propios trabajadores en lotes comprados en cuotas. Este barrio contaría con aquellos elementos de los que carecían Refinería y Talleres: avenida, un parque, un cinematógrafo. En cuanto a la salud y a la enfermedad, los trabajadores estarían, hacia 1910, menos desprotegidos que antaño, lo que se reforzaría con la apertura de la Enfermería Municipal. La vida cotidiana de los habitantes de los barrios obreros era menos opresiva que hacia el novecientos y esto, sin duda, fue una puerta abierta al reformismo.

NOTAS

(1) Los datos demográficos fueron extraídos de: TUELLA, P.; *Relación Histórica del Pueblo y Jurisdicción del Rosario de los Arroyos, en el Gobierno de Santa Fe, Provincia de Buenos Aires* (1802); DU GRATY, A. *La Confederación Argentina, París, 1851 y del Tercer Censo Nacional de la República Argentina*, levantado en 1914.

(2) En la conceptualización de "sectores populares", seguimos a ROMERO, L.A. *Los sectores populares urbanos como sujeto histórico*, Bs. As., mimeo, 1988. Sobre el caso en particular de la élite y los sectores populares rosarinos, ver FALCON, R., MEGIAS, A., MORALES, B. y PRIETO, A. *Elites y sectores populares en un período de transición (Rosario 1870-1900)*, Rosario, mimeo, 1988.

(3) ROMERO, L.A. "¿Cómo son los pobres? Miradas de la élite e identidad popular en Santiago hacia 1870" en *Opciones*, N° 16, Santiago de Chile, mayo-agosto de 1989.

(4) ROMERO, L.A. "Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad" en *Desarrollo Económico*, vol. 27, N° 106, IDES, Bs. As., julio-setiembre de 1987.

(5) Ver FALCON, R., MEGIAS, A., MORALES, B. y PRIETO, A. *Elites y sectores populares...* op. cit.

(6) MIKIELEVICH, V. "El tranway", en *Revista de Historia de Rosario*, Rosario. Trabajo publicado en entregas en los nros. 10 a 25, años 1965 a 1973.

(7) QUERY, L. *Private Interest and public welfare: rails, sewers and open spaces in urban Rosario, Argentina (1865-1914)*, PhD Dissertation, Indiana University, 1981.

(8) MIKIELEVICH, V. op. cit.

(9) BIALET MASSE, J. *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*, CEAL, Bs. As., 1985, pág. 251.

(10) *Ibidem*, págs. 251 y 252.

(11) *Ibidem*, pág. 251.

(12) El dato para el año 1896 fue extraído de *El Orden*, diario de Rosario, 20/3/1896. El dato del año 1914 está incluido en el *Tercer Censo Nacional*, T. VII, Censo de las industrias.

(13) *La Capital*, Rosario, 13/10/1888.

(14) Datos extraídos del *Primer Censo Municipal de la Ciudad de Rosario*, levantado en 1900 y *Segundo*

Censo Municipal de la Ciudad de Rosario, levantado en 1906.

(15) Ver al respecto GUY, D. "Refinería Argentina, 1888-1930: límites de la tecnología azucarera en una economía periférica" en *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 111, IDES, Bs. As., octubre-diciembre 1988.

(16) Entre 1887 y 1909, el índice de mortalidad general de la población se redujo paulatinamente, pasando del 46,5‰ al 22,6‰. Este último índice, si indicaba un indudable mejoramiento en la situación sanitaria de la ciudad, era muy elevado si se lo comparaba con el de Buenos Aires (15,2‰), La Plata (14,2‰) o, en el plano internacional, con Londres (14,6‰), Sheffield (15‰), Hamburgo (14,8‰) o Chicago (14,6‰). Datos extraídos del *Tercer Censo Municipal de la ciudad de Rosario*, año 1910.

(17) Ver otros trabajos sobre Rosario, ARMUS, D. y HARDOY, J. "Conventillos, ranchos y casa propia en el mundo urbano del novecientos" en ARMUS, D.(comp.) *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, Bs.As., 1990; y PRIETO, A. "Condiciones de vida en el barrio Refinería de Rosario: la vivienda de los trabajadores (1890-1914)" en *Anuario Escuela de Historia*, N° 14, Fac. de Humanidades y Artes, U.N.R., (en prensa).

(18) *Censo de conventillos*, incluido en la *Memoria del Intendente Municipal de Rosario*, año 1895, y primer semestre de 1896.

(19) *Ibidem*.

(20) El "mejoramiento" de las habitaciones populares se tradujo en el control y saneamiento de las condiciones de higiene y de hacinamiento en los conventillos y en el desalojo y la destrucción de ranchos y casillas dentro del perímetro céntrico. En función de este objetivo la Municipalidad promulgó la "Ordenanza sobre construcción de casas de vecindad y conventillos" (1890), la Ordenanza del 10/12/1891, que reglamentaba las condiciones de higiene que debían tener estas habitaciones y la Ordenanza del 25/10/1907, que ampliaba a la anterior. El "Reglamento de Edificación" del año 1890 prohibía la existencia de ranchos en el casco céntrico, límite que fue sensiblemente ampliado por la Ordenanza del 10/12/1891. A lo largo de la última década del siglo pasado y los primeros años del actual, la Municipalidad dictó otras disposiciones sobre higiene que indirectamente incluían a las habitaciones populares. Estas ordenanzas están incluidas en *Compendio del Digesto Municipal hasta el año 1900*, editado por la Municipalidad, y en el *Compendio del Digesto Municipal hasta el año 1915*, Rosario, 1916.

(21) Ordenanzas Municipales del 24/12/1906 y del 23/11/1909, incluidas en el *Compendio del Digesto... 1915*, op. cit.

(22) Esta cuestión todavía no ha sido estudiada en profundidad. Una primera aproximación a la misma en PRIETO, A. *Ciudad y barrio obrero. Un análisis comparado de la vida cotidiana de los trabajadores de Rosario (1890-1914)*, trabajo presentado en el "V Encuentro de Historiadores Latinoamericanos e do Caribe", San Pablo, Brasil, octubre de 1990.

(23) MONSERRAT, A. *Orígenes y consolidación del anarquismo en Rosario (1888-1910)*, Informe al Conicet, Rosario, 1989.

(24) La expresión es de E. Dickmann. Extraída de *Recuerdos de un militante socialista*, La Vanguardia, Bs. As. 1949.

(25) Ver MONSERRAT, A. op. cit.

(26) GOLLUSCIO DE MONTOYA, E. "Círculos anarquistas y circuitos contraculturales en la Argentina de 1900", en *Caravelle*, N° 46, Toulouse, 1986.

(27) *El Municipio*, Rosario, ediciones del 26/4 y del 2/5/1890.

(28) MARTIN, M. P. *Los católicos sociales y su participación en los conflictos portuarios en Rosario y Buenos Aires a comienzos de siglo*, Informe al Conicet, 1990.

(29) *El Municipio*, Rosario, 24/9/1905.

(30) *La Protesta Humana*, Buenos Aires, s/f, 1901.

(31) BARRANCOS, D. *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Contrapunto, Bs.As., 1990.

(32) MEGÍAS, A. *Trabajadores organizados y socialismo. Rosario 1870-1910*. Ponencia presentada en la "Jornada Internacional conmemorativa del 1° de Mayo. Los trabajadores en Argentina y América Latina", Rosario, junio de 1990. Se analizan en este trabajo las características y difusión de estas sociedades.

(33) Sobre esta huelga, ver MONSERRAT, A. op. cit.

(34) *Idem*.

(35) En ocasión de los preparativos de una manifestación de desocupados, el escuadrón de seguridad y los

marineros de la subprefectura “vigilaron continuamente” la Refinería Argentina del Azúcar, “evitando aglomeraciones y reuniones”. Ver *La Capital*, Rosario, 24/7/1914.

(36) PRIETO, A. *Barrio obrero, vida cotidiana y conflicto social. Rosario 1896-1907*, trabajo presentado en la “Jornada Internacional conmemorativa del 1° de Mayo. Los trabajadores en Argentina y América Latina”, Rosario, junio de 1990.

(37) Sobre el caso de Buenos Aires, ver SURIANO, J. *La huelga de inquilinos de 1907*, CEAL, Bs. As., 1983. Sobre el caso rosarino, PRIETO, A. *Vivienda popular en Rosario a principios del siglo XX. La huelga de inquilinos de 1907*, Fac. de Humanidades y Artes, U.N.R., Rosario, 1983, (mimeo).

(38) PRIETO, A. *Vivienda popular...*, op. cit.

(39) *El Municipio*, Rosario, 6/10/1907/

(40) *La Capital*, Rosario, 2/8/1890.

(41) *La Capital*, Rosario, 5/5/1905.

(42) Expresión utilizada entre muchos otros, por la revista *Rosario Industrial*, año II, 25/3 y 5/4 de 1910, nros 31 y 32.

(43) Sobre los higienistas rosarinos, ver ARMUS, D. “Enfermedad, ambiente urbano e higiene social. Rosario entre fines del siglo XIX y comienzos del XX”, en AA.VV. *Sectores populares y vida urbana*, CLACSO, Bs.As., 1984.

(44) Idem.

(45) La Enfermería fue creada el 12/8/1913. *Compendio del Digesto... 1915*, op. cit., págs. 266 a 274. Junto con esta enfermería, se abrieron otras tres en distintas zonas de la ciudad.

(46) Información sobre esta cuestión incluida en el *Tercer Censo Municipal*, año 1910, págs. 163 a 190.

(47) Sobre el tema ver CARNINO, M.I. y MOREIRA, A. *La peste bubónica en Rosario*, Fac. de Humanidades y Artes, U.N.R., Rosario, 1989 (mimeo).

(48) Citado por CARNINO, M.I. y MOREIRA, A. op. cit, pág. 15.

(49) *Memoria del Intendente Municipal*, años 1898-1901.

(50) *La Líbera Parola*, Rosario, 1° de mayo de 1890.

(51) Ver HOBSBAWN, E. “Mass-producing Traditions: Europe: 1870-1914”, en HOBSBAWN y RANGER (ed.) *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988. Para el caso argentino ver, entre otros, ROMERO, L.A. “Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad” op. cit.

(52) *La Nación*, Buenos Aires, 13/8/1908.

(53) *Crónica domus Congr. SS.R. in urbe Rosario Sae. Fidei incipit anno salutis 1910 ad landem et gloriam Dei*. Crónica I, años 1909-1921. Agradezco a María Pía Martín el haberme puesto en conocimiento de este valioso testimonio. (págs 3-11.).

(54) *Ibidem*.

(55) *La Verdad*, Rosario, 7/3/1908.

(56) *Crónica domus...* op. cit., págs 139-140.

(57) *Monos y Monadas*, Rosario, 17/4/1913, N° 93.

(58) *Ibidem*.

(59) ROMERO, L.A. op. cit.

(60) FALCON, R. *Una clase obrera con pocos obreros. Problemas en la historia de los trabajadores en Argentina (1870-1912)*, inédito, 1989, pág. 23.

(61) FALCON, R. “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)”, en *Anuario Escuela de Historia*, N° 12 Fac. de Humanidades y Artes, U.N.R., Rosario, 1987.

(62) HOBSBAWN, E. “El trabajo en la gran ciudad”, reproducido en *Entre pasados*, año I, N° 1, Buenos Aires, 1991.